

De la violencia al sentimiento

El mundo por dentro. Antología

CARLOS CASTRO SAAVEDRA

José Luis Díaz-Granados (selección y cuidado de textos)

Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2017, 66 pp.

NO SOBRA comenzar, como lo hacemos ante todo ejemplar de este tipo de libro/edición, comentando sobre su presentación paratextual y editorial, a saber, que no hay noticia sobre los criterios de selección, puesto que se trata de una antología, y que por supuesto no hay datos de procedencia de los textos o de las fuentes. Estos servicios no son, como se suele pensar, dispositivos para eruditos o para expertos (¿en qué?), sino que crean el marco mínimo y necesario para una adecuada lectura —contextual, valorativa— por parte de un público lector amplio. Promover la lectura es también colaborar con la enseñanza/aprendizaje de la lectura, que nunca será idónea si no garantizamos fases críticas en el proceso (un proceso que es interminable para todos: la lectura y la escritura son actividades prácticas infinitas puesto que son actividades experienciales). Y ello sin perder de vista el debido compromiso con el goce de la lectura, con “el placer del texto”, que sé bien que es un compromiso de los editores de la colección *Un Libro por Centavos del Externado*. No contribuye mucho a dicho propósito un párrafo como el primero de la pequeña biografía de Alipio Jaramillo Giraldo, el artista cuya obra apreciamos en la carátula, escrito con gran desprecio del flujo sintáctico y de los placeres de la puntuación.

La imagen de la carátula reproduce un “Retrato de Carlos Castro Saavedra”, obra de Alipio Jaramillo de 1946, cuya pertinencia irrefragable nos abre también a las primeras reflexiones sobre el mundo de este poeta antioqueño y justo por la enriquecedora información que contiene (también las pinturas pueden ser leídas como texto, como textualidad, en la puesta en juego de los diversos lenguajes): el dato paratextual nos indica que ya Castro Saavedra, a sus veintidós años, y habiendo publicado su primer

libro de poemas, *Fusiles y luceros*, era leído en un contexto de lo nacional y lo internacional de una determinada manera. Como en una caja china, el título *Fusiles y luceros* también nos aboca a una primera impronta de la obra poética de Castro Saavedra, que podríamos formular casi típicamente como “violencia” y “sentimiento” (de la belleza del mundo). Por otra parte, el dato más impactante, yo diría que dominante, que lanza al espectador el cuadro de Alipio Jaramillo tiene que ver con el color rojo de la corbata del poeta, quien aparece en primer plano y de perfil, con una corbata que es tan definitoria del poeta como su rostro adusto. Ese color rojo juega en los otros planos, a izquierda y derecha del retrato central; a la izquierda, con los rojos asignados a figuras concretas de una violencia ambiente, experimentada por cuerpos y entornos campesinos: rojo en el corte de franela de uno de ellos, rojo en el vestido de la mujer que acompaña a los caídos en el campo, rojo de los incendios que devoran un pueblo, al fondo. Al otro lado, a la derecha, el rojo domina una pequeña escena de figuras de mestizos que esgrimen, como testimonio de sus luchas, una bandera roja (con paloma blanca en el centro, que es otro emblema de la obra de Castro Saavedra y que estaría del lado de los luceros y del sentimiento: la paz). El gorro rojo de algunos de los manifestantes en esta escena los vincula más emblemáticamente (programáticamente) a esta escena.

Es, pues, revelador, por decir lo menos, que Castro Saavedra se apropió o fue apropiado desde sus inicios en una lectura del poema como funcional en un ambiente violento y en un entorno de luchas sociales, mayormente campesinas (quizá étnicas). Y esto no suena nada raro para quienes han leído con juicio, o incluso de pasada y en antologías, la obra del poeta antioqueño. En efecto, bien pronto, y no importa que haya sido por el espaldarazo de Pablo Neruda a su “Plegaria desde América”, Castro Saavedra se convirtió en otra suerte de poeta nacional, alterna a los casos de Rafael Pombo, Guillermo Valencia, Julio Flórez o Eduardo Carranza, pues en este caso el perfil de lo nacional lo vino a dictar el clamor por la paz en

un ámbito de violencia ya expandida por el país en 1951, pero también lo dictó su aparente o más bien superficial alinderamiento desde las huestes campesinas y el mundo provinciano y telúrico, que por otra parte era el sector que más padecía las consecuencias más lamentables de esa violencia llamada “política” en el país. La carátula y la selección agenciada por el poeta activista José Luis Díaz-Granados van en la misma dirección, la de devolvernos a la imagen de ese poeta nacional, incluso con amplias resonancias internacionales en momentos álgidos de la Guerra Fría, y que por tanto fue uno de nuestros más representativos poetas entre los años cuarentas y mediados de los sesentas. Una poesía llena de emblemas, más que de símbolos, de metáforas directas y de fácil desgaste, pero sobre todo fuertemente apelativa, no tanto por su lucha por la justicia y contra la desigualdad y la opresión (que otras obras aquí serían de más relevante mención), sino por su mensaje de solidaridad, de cuño popular, por su “clamor por la paz”, una divisa que ya había arrastrado masas en el país desde antes de 1948, cuando el propio Jorge Eliécer Gaitán la invocaba contra la indolencia de las oligarquías políticas colombianas. En esa vía corren, creo, la mayor parte de los poemas aquí seleccionados, como “Camino de la patria”, “Cualquier hombre canta a su hijo presentido”, “Plegaria desde América”, “La paz es una paloma”, “Esposa América”, “Definiciones de la paz”, “Nuevas peticiones mundiales” y tantos otros.

Ahora bien, el soneto que da título al libro, “El mundo por dentro”, una bella y muy conocida pieza del repertorio de Castro Saavedra, bocado de antologías y de textos escolares, apunta a la otra tendencia, más bien temática, de la obra poética de Castro Saavedra y que quizá viene a definir mejor su mundo creativo, su retórica y lo que hemos llamado su sentimiento, y es algo asociado a cierto telurismo posmodernista, la declaración de que el poeta es microcosmos en que la tierra toda, con sus gentes, se ha vertido. Los emblemas o metáforas simples y directos de este telurismo romántico son en realidad más eficaces en la transmisión del “mensaje social” que las supuestas declaraciones políticas y

RESEÑAS		POESÍA
<p>de protesta (que como queda dicho no son las que más definen esta poesía): la tierra es ese emblema holístico, más bien fragmentada en pequeños símbolos (ni siquiera en paisajes), como ser total (y femenino) que acoge y da soporte y fuerza a las luchas del hombre masculino, que más que guerrero es un sembrador, un labriego, un pescador, un leñador; casi, casi un pastor, si Castro Saavedra si hubiese permitido ir más a fondo en las implicaciones sentimentales e íntimas de su propuesta campesina (por ejemplo, para hacerla más decididamente antiurbana). Ecos, más que del megalómanamente telúrico Neruda, del primer Miguel Hernández se dejan sentir en esta obra dispersa y que en esta antología no deja percibir sus matices en el tiempo; ecos del poeta cabrero de Orihuela, pero no de su delirante tejido barroco, pues la tendencia de Castro Saavedra desde sus comienzos, y a pesar de una inicial propuesta de versos largos y poemas extensos y verborreicos, es a la sencillez en la dicción; ojalá fuese al despojo poético, pero en realidad lo que fue creando el poeta antioqueño fue una retórica de la simplicidad, de la inocencia, de lo doméstico y lo campesino (poco a poco apartado de las grandes agitaciones sociales). Es por ello quizá que su único impulso novelístico lo llevó a formular la vida y la experiencia de un Adán (Ceniza), de nuevo un hombre de tierra, testigo demudado del arrasamiento industrial y tecnológico a que el capitalismo fue conduciendo a esa misma tierra y por tanto a la humanidad entera. Adán tiene que ser, en lo originario pero también en lo último y final, ese hombre que siente “correr los ríos por mis venas”, que siente “que soy el mundo”, en cuyo pelo “[l]as aves hacen nidos”, en cuya piel “crece hierba” y en cuya mano “galopan caballos”, tal como lo expone el poema que da título al libro (p. 45). La tierra en Castro Saavedra son designaciones emblemáticas: América, Colombia (“la patria”), la parcela, y seguramente muchas otras cosas en una poesía voluntariosamente definitoria, esto es, de definiciones y equivalencias: “Esto es amor: candelita estremecida” (p. 11), “Tú eres la rama que sostiene/el alto fruto de mi carne,/ y eres la vena que da música/ al corazón de mi pequeño” (p. 18),</p>	<p>“Me llamo Carlos, soy nuevo, soy de América/ [...]mi rostro es matinal, todo mi cuerpo es verde” (p. 20); “En el pan está Dios, en la colmena/ en el tallo, en la flor, en el aroma” (p. 27), “Inés digo y mi boca se convierte en azúcar” (p. 29); “Llamad paloma al agua/ y a la madre paloma” (p. 37), “Inés, tu corazón es como un surco/ y yo soy un labriego turbulento” (p. 40), “El tiempo era tu ausencia/ el mar era la sombra de la tristeza mía,/ y el buque era un naufragio/ que se inclinaba y no se decidía” (p. 42), “porque yo soy la herida colombiana” (p. 48), “En ti beso la patria, beso el río” (p. 51), “Tierra eres, relente de plantío” (p. 51), “no te llamo mujer, profunda esposa,/ sino Colombia” (p. 51), “No te digo paloma, ni princesa, ni reina,/ sino mujer de tierra, hembra de tierra y tierra” (p. 58) y, para no redundar, llegaríamos al penúltimo poema de la selección, “Definiciones de la paz”, que es un epítome de cuantas definiciones y equivalencias pudiera haber en su obra toda. Por supuesto, en tal retórica escueta, simple y apelativa, el conector “como” suele cumplir su función capital.</p> <p>El telurismo, el clamor por la paz y el reclamo contra la violencia son motivos de inmenso valor ético en la historia de la poesía. También lo es, cómo no, el sentimiento, si bien se espera de una gran poesía dramática y dolorosa (como la de César Vallejo o la del propio Miguel Hernández) que el patetismo no sucumba al melodramatismo y la hipérbole o la ostentación, que es ostentación del individuo que se queja y que se expresa o quiere expresarse, señalando con su palabra que es él quien lo intenta y que su queja es válida porque está siendo dicha, lo cual es totalmente insuficiente. Así, en esta obra poética, el sufrimiento se sintetiza en los discursos del llanto, pero también en sus contrapartes que proponen un goce posible (más bien desde la desposesión y la resignación): el de la tierra verde, del canto del pájaro, del beso, del lenguaje de las flores, de la fraternidad, del trigo, de lo virginal y la promesa del dorado de la piel femenina, del hijo, promesa entre las promesas pero también dolor supremo. Las carencias expresivas de estos motivos sentimentales, de este dolor, y que podrían estudiarse</p>	<p>en detalle en las limitaciones de su construcción poética, están bien condensadas en una estrofa, la de cierre del poema “Y no hay blancura en tu vestido blanco”: “Si pudiera decirte, patria mía,/ lo que sufro por todo lo que tienes,/ por todo lo que tienes y te falta,/ me moriría tranquilo en tus rodillas,/ como se muere un hombre que conversa palomas/ y le queda un hermoso dolor en la garganta” (p. 13).</p> <p style="text-align: right;">Óscar Torres Duque</p>